

EL ARTE DE MORIR DOS VECES

ALONSO BARÁN



El arte de morir dos veces

Alonso Barán

Ve a por tus sueños y no permitas que los hombres pequeños te contagien su inmundo veneno, pues no pararán hasta transmitirte su resentimiento y su maldita castración. Que no te preocupe fracasar porque siempre ganarás y siempre perderás. Ríe, llora, sufre, vence y di a las personas lo que sientes por ellas. Acumula experiencias, no esperes a que sucedan, porque la única verdad es que el tiempo se va y la muerte viene.

1

—Todos morimos un poco cada día desde que nacemos.

—No estoy para monsergas existencialistas. Alex White debe morir ya.

Solomon sonrió.

—Traeré su cabeza como trofeo.

—Esta vez prefiero que te limites a traer un par de fotos.

2

Todo se iba a precipitar y Alex no lo sabía. Conducía su viejo Chevrolet por una de las largas filas de coches que circulaban por el Spaghetti Junction de la autopista interestatal 85. Le hastiaba Atlanta y pasar su vida encerrado en aquel ataúd de metal. «Mi vida tiene un significado que detesto», pensó y tomó la salida que le llevaba al concesionario de coches en el que trabajaba.

El aparcamiento de Shapiro Motor Sales estaba repleto de automóviles con los precios escritos en los parabrisas, y Alex detuvo su vehículo frente al edificio de la oficina.

Se encontró a Louis Shapiro sentado con los pies encima de la mesa mientras hablaba por su teléfono móvil y se hurgaba con el dedo la nariz.

—Espera un segundo —dijo, al ver a Alex—. Mi padre quiere verte.

Louis siguió con su conversación telefónica y Alex fue hasta el despacho de Bruce Shapiro, un cubículo de vidrio y aluminio al fondo de la sala. Su jefe escribía algo que no acertó a ver y advirtió que se había cortado el pelo.

—¿Nuevo look?

—No te sientes —dijo, sin levantar la cabeza y sin dejar de escribir—. Quiero que laves los coches.

—¿Para eso no están los lavacoches?

Bruce dejó de escribir, se repanchingó en su sillón de cuero y cruzó los brazos sobre su enorme barriga.

—Escúchame bien, muchacho. —Apretó los labios y sus redondos mofletes se hincharon más—. ¿En el letrero de la

entrada está escrito Shapiro o White?

—Sabes perfectamente lo que pone.

—No has contestado a mi pregunta.

—Shapiro —contestó, aburrido.

—Eso es porque este es mi negocio. ¿Entiendes lo que me importa si te gusta o no lo que te digo que hagas?

Alex le aguantó la mirada, exhaló aire por la nariz y relajó su gesto.

—Me pondré a ello.

—Buen chico. —Forzó una sonrisa.

Alex salió del despacho y pasó junto a Louis, que seguía hablando por su Smartphone.

—Sí, una auténtica guarra la tía esa. Espera, que me llaman al móvil del trabajo —dijo y cogió su otro terminal. Alex le contempló hablar por un teléfono mientras se apoyaba el otro en el pecho, se preguntó por qué pensaría que así tapaba el micrófono y no le escuchaban al otro lado de la línea. No le dio más importancia y se encogió de hombros, dejó su cazadora de cuero sobre la silla de su escritorio y se desabrochó la camisa para disponerse a lavar los coches.

—Joder... —susurró.

—¿Qué tal el fin de semana? —le preguntó Louis, que ya había dejado de hablar por teléfono.

—En casa, leyendo.

—Deberías leer menos y vivir más. ¿Qué edad tienes? ¿Treinta y pocos? ¿Y ya llevas vida de viejo? Mírame a mí. Tengo cuarenta y cuatro años, salgo de juerga casi todas las noches y soy adicto a la *putaína*. —Louis cogió un peine y un espejo de mano que tenía en su mesa, y comprobó que su tupé no se había despeinado.

—Pues tendrás muchos amigos —dijo, con desinterés.

—¿Amigos? Nadie es amigo de nadie. La gente solo es tu amiga cuando necesita llenar su tiempo con el tuyo.

—¡Louis! ¡Ven aquí! —gritó Bruce desde su despacho.

—Tu padre te llama.

—Seguro que el viejo quiere ponerme a trabajar. — Louis se incorporó—. Sube esto arriba, ¿quieres? —Le acercó con el pie una voluminosa caja de cartón que había en el suelo.

Alex cruzó la oficina hasta una puerta que daba al segundo piso, subió las escaleras y entró en una sala en la que había un sofá viejo y un armario archivador. Le pareció escuchar a Bruce Shapiro. Agudizó el oído y descubrió que a través del conducto del aire acondicionado podía escuchar lo que ocurría abajo en el despacho. Se acercó hasta la rejilla que estaba encima del sofá y prestó atención.

—Esta noche no puedo. Tengo planes —dijo Louis.

—¿Planes? ¡Emborracharte y salir a buscar zorras! —contestó Bruce.

—¿Te parece poco?

Alex perdió el interés por la conversación, dejó la caja en el suelo y fue al aparcamiento a lavar los coches.

El sol caía cuando terminó su jornada laboral en el concesionario y llegó a Joyland. Las calles carecían de iluminación pública y las casas tenían encendida la luz del porche para evitar que los drogadictos se ocultaran en la oscuridad. Pasó junto a una vivienda que la policía había precintado con cinta perimetral y supuso que habrían vuelto a disparar a alguien en el barrio. Un grupo de chicos afroamericanos estaban sentados en las escaleras de la entrada

a un edificio, Alex sabía que traficaban con *crack*. Los muchachos le miraron desafiantes y él fingió no darse cuenta.

—Joder... —susurró y aparcó detrás del Acura que estaba frente a la puerta de su vivienda. Dos corpulentos hombres, vestidos con vaqueros y cazadoras de cuero, bajaron del Acura y subieron a la parte de atrás del Chevrolet.

—¿Qué tal estás, Alex?

—Ahora peor, Niall.

—Me lo tomaré como un cumplido. —Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en los respaldos de los asientos—. Debe ser una putada estar sin blanca.

—No sé por qué piensas eso.

Niall sonrió y su diente de oro asomó en su amarillenta dentadura.

—No hay que ser un genio. Tienes un aviso de desahucio pegado en tu puerta.

—Mierda... —Alex bajó la cabeza y ocultó el rostro entre sus manos.

—Parece que me he convertido en tu oportunidad —dijo, con sarcasmo, Niall.

—Gracias, pero podré a apañármelas solo.

—No eres un mal tipo, solo eres pobre. —Niall se pasó las manos por su escaso cabello rubio—. Este es un sistema jodido para los pobres. No está hecho para que tengamos una segunda oportunidad. Un error, un accidente, una enfermedad, cualquier imprevisto nos puede mandar directos al arroyo. ¿Verdad, Alex?

—Niall quiere ayudarte. Escúchale —intervino Earl.

—No lo sé —contestó Alex y se frotó las sienes preocupado.

—No lo pienses mucho. Mi generosidad no es eterna y ya no tienes casa. —Le dio una palmada en el hombro y bajó del coche. Earl le siguió, subieron al Acura y Alex esperó hasta que el automóvil se hubo alejado para bajar del Chevrolet y correr hasta la puerta de su casa.

—¡Será hijo de puta! —dijo y arrancó la nota de desahucio. Metió las llaves en la cerradura e intentó abrir la puerta —. ¡Será cabrón! —Buscó en la agenda de su teléfono móvil el contacto «Hank casero» y llamó.

—Dime, Alex —contestó Hank al otro lado de la línea.

—¡Has cambiado la cerradura! ¡Mis cosas están dentro!

—No quiero tu basura en mi casa. Te doy dos días para que te la llesves a un vertedero.

—¡Eres un cabrón! ¡Juro que...!

—Dos días.

Hank colgó. Alex llamó de nuevo, pero su casero no le cogió la llamada. Guardó su Smartphone en el bolsillo de su chaqueta y regresó a su vehículo. Permaneció muy quieto, pensativo, con la vista fija en la desierta calle y las manos sobre el volante.

—Maldito cabrón... —Puso el motor en marcha y aceleró. Las ruedas derraparon en el asfalto y el olor a neumático quemado llenó el habitáculo.

Alex conducía sin rumbo a través de Atlanta. Sus pensamientos se sucedían unos a otros como si fueran un caótico enjambre de abejas. La visión de los rascacielos del Midtown se mezclaba en su mente con las palabras de Niall: «Este es un sistema jodido para los pobres. No está hecho para que tengamos una segunda oportunidad.» Una viscosa amargura se solidificaba poco a poco en su ánimo, su respiración se hizo más rápida y entrecortada, los rascacielos se

volvieron borrosos, la angustia le atenazaba, pensaba que podría morir en aquel mismo instante, pisó el pedal del freno y las ruedas chirriaron contra el asfalto hasta que el coche se detuvo en mitad de la calle. Un todoterreno le esquivó y el sonido recriminatorio de su claxon se alargó en la noche. Alex se llevó la mano al pecho, sentía su corazón palpar muy rápido y le sobrevinieron unas arcadas.

—Joder... —dijo y se derrumbó sobre el volante. Los otros conductores de la avenida le insultaban y hacían sonar sus bocinas cuando le sobrepasaban. Alex era ajeno al mundo que le rodeaba. Se incorporó y se miró en el espejo retrovisor. Tenía el cabello despeinado y los ojos enrojecidos. Movi6 el espejo para no verse reflejado y puso en movimiento el Chevrolet.

Minutos después, detuvo el coche frente a una licorería y bajó del vehículo. Al entrar en el establecimiento, la luz de los fluorescentes le cegó. Una sensación de debilidad se había apoderado de sus extremidades y su cuerpo temblaba como si una corriente eléctrica recorriera sus nervios. Cogi6 una botella de Jack Daniel's y el contacto de su piel con el vidrio le resultó extraño como si fuera la botella la que tocaba su mano y se fundiese con frío en su piel. Fue hasta la caja registradora y el dependiente, un judío ortodoxo, con larga barba y dos rizos que asomaban bajo su *kipa*, le sonrió.

—Buenas noches, amigo. Son veintiséis dólares con treinta centavos.

Alex pagó con un arrugado billete de veinte dólares y otro de cinco. Buscó las monedas en el bolsillo de su pantalón vaquero y las volcó sobre el mostrador.

—¿Puedes darme un vaso de plástico?

—Los vendo en paquetes de diez.

—Yo solo quiero uno.

—No puedo dar un vaso a todo el que me lo pide —dijo y guardó la botella en una bolsa de papel marrón.

Alex abandonó la tienda y, nada más subir a su coche, dio dos largos tragos de bourbon. Bebió otra vez y empezó a notar cómo la embriaguez relativizaba sus preocupaciones. Contó su dinero, le quedaban un par de billetes de cinco dólares más las monedas del bolsillo. Recordó que había una autocaravana en el aparcamiento del concesionario y se dijo a sí mismo que podría usarla por las noches hasta que encontrase un nuevo alojamiento. Giró la llave del contacto y puso rumbo a Shapiro Motor Sales.

Estacionó lejos del concesionario, imaginaba que Bruce llegaría temprano al día siguiente y no quería que se encontrase con su Chevrolet. Bajó de su automóvil y caminó encogido hasta el recinto como si de ese modo se camuflase en la noche. Miró por encima de su hombro para asegurarse de que nadie le observaba, abrió la puerta de la valla y entró. Cruzó rápido el aparcamiento hasta el edificio de la oficina, tecleó la contraseña de la alarma al entrar y no encendió las luces de la estancia. Usó la pantalla de su teléfono como linterna, fue al despacho de Bruce y buscó las llaves de los automóviles en los cajones de su escritorio. Reparó en la pesada caja fuerte que había en una esquina y cayó en la cuenta de que las llaves de la autocaravana estarían allí dentro.

—Joder... —susurró y, derrotado, se dejó caer en el sillón de su jefe y el cuero crujió bajo su peso. Le vino a la memoria el sofá en la habitación del piso de arriba y se dirigió a la planta superior.

Puso la alarma de su Smartphone a las siete de la mañana, convencido de que le sobraría tiempo para salir de allí

antes de que llegase alguno de los Shapiro. Se acomodó en el sofá, usó los vaqueros como almohada y se arrojó con su cazadora. Se quedó a oscuras con sus pensamientos, su respiración y el sonido de sus sorbos a la botella de *bourbon*. Recordó la época en la que tuvo que vivir en un camping de la beneficencia católica, pensó que era un consuelo que por el momento no tuviera que subordinarse a la filantropía humana. Bebió y el ardor del *bourbon* en su garganta le hizo toser un par de veces, carraspeó y se tapó la boca con la mano. Le había parecido escuchar que alguien entraba a la oficina. Se incorporó y, de un salto, se plantó en la puerta de la habitación. La entornó y oyó el sonido del teclado de la alarma.

—¡Otra vez has olvidado ponerla!

—¡No me toques las pelotas, papá!

Alex reconoció las voces de los Shapiro en el piso de abajo y cerró la puerta con cuidado. Cogió su ropa, la botella de Jack Daniel's y se escondió detrás del sofá. Se pegó todo lo que pudo contra el suelo como si pudiera mimetizarse con él.

—Cierra la puerta.

Alex advirtió que padre e hijo se encontraban abajo, en el despacho, y los oía a través del conducto del aire acondicionado.

—Vamos a darnos prisa. Tengo ganas de irme a la cama.

—Guardo el dinero en la caja fuerte y nos vamos.

—Parece que hay más fajos que otras veces.

—Justo el doble.

—¿Un millón? ¡Joder! ¿Cómo blanquearemos tanta pasta?

3

Bruce Shapiro sacó de su maletín los fajos de billetes de cien dólares y los guardó en la caja fuerte. Cerró la puerta blindada y su hijo le acompañó fuera del despacho. Louis empezó a marcar en el teclado de la alarma y su padre le apartó de un empellón.

—Déjame a mí. —Tecléo el código y, cuando fue a abrir la puerta, su hijo se le adelantó y le cedió el paso.

—Pase, rey del castillo del motor —dijo Louis e hizo una exagerada reverencia—. Por favor, eminencia.

—Se dice majestad, ignorante.

En el piso de arriba, Alex oyó la puerta cerrarse.

—¡Un millón de pavos! —exclamó. Imaginó la caja fuerte llena de billetes y las pupilas se le dilataron—. Un millón de pavos...

Salió de detrás del sofá y abrió la puerta de la habitación, dio un paso adelante y recapacitó que haría saltar la alarma si salía de allí. Cerró la puerta y se tumbó de nuevo en el sofá. Cogió la botella y dio un trago de Jack Daniels. Elucubró que con ese dinero podría liquidar sus deudas y aún le quedaría mucho para ir tirando. Abrió la aplicación de la calculadora de su móvil y restó a un millón el importe de sus deudas.

—Joder... —dijo al comprobar que la cantidad de dinero sobrante era muy inferior a la que había imaginado. Dio un sorbo de *bourbon* y le vinieron a la cabeza las palabras de Niall: «Este es un sistema jodido para los pobres. No está hecho para que tengamos una segunda oportunidad.»

Asintió en silencio y apretó los dientes—. Qué razón tiene —susurró.

A la mañana siguiente, la claridad que entraba por la ventana le despertó. Alex estiró los brazos y se desperezó. Le dolía el cuello y no reconocía el lugar en el que se encontraba. Los recuerdos del día anterior aparecieron poco a poco como si atravesaran la maraña de un zarzal. En su mente apareció la imagen de la caja fuerte repleta de dinero y se incorporó como si le hubieran clavado una inyección de adrenalina directa al corazón. Miró su móvil y comprobó que no tenía batería.

—¡Mierda! —Se puso en pie y se vistió. Se acercó a la puerta y la abrió con cuidado. Escaleras abajo, vio pasar a Louis Shapiro vestido con un traje beige. Cerró la puerta despacio y retrocedió un par de pasos—. ¡Joder! —Giró sobre sus talones y fue hasta la ventana. Se asomó y midió la distancia que había hasta el suelo. Se sentó en el alféizar y se agarró con ambas manos al quicio de la ventana. Estiró las piernas, se descolgó cuan largo era y se sujetó solo con la fuerza de sus dedos. Respiró hondo un par de veces y se dejó caer, un segundo después sus pies tocaron el suelo y un intenso dolor en los tobillos le hizo trastabillarse y golpearse la cabeza contra el pavimento. Permaneció en el suelo, aturdido, sin poder respirar. Miraba el cielo azul, una nube pasó por delante del sol y oscureció el día por un instante. Se puso en pie, se llevó la mano a la nuca y comprobó que no tenía sangre. Se sacudió la ropa y caminó hasta la entrada de la oficina, cada paso que daba hacía que le doliese la rabadilla como si un aguijón se le clavase en el hueso. Louis Shapiro arrugó la frente, extrañado, al ver que cojeaba.

—¿Te han dado un mal viaje, julandrón? —preguntó.

—No es lo que parece. ¿Tu padre está en el despacho?

—El viejo está en su cueva.

Alex cruzó la oficina y entró en el despacho de su jefe.

—Tengo que hablar contigo.

Bruce resolló y se reclinó en su sillón.

—Sorpréndeme, muchacho.

Alex se percató de que había ido hasta allí con la intención de averiguar algo más sobre el dinero y no había pensado qué hacer.

—Eh, quiero un aumento de sueldo.

—No.

—Tengo algo que decir.

—Te lo guardas. He dicho que no. Si no te gusta el sueldo, puedes largarte cuando quieras.

—¿No me vas a escuchar?

Bruce apretó los labios y le clavó una iracunda mirada.

—¿Qué es tan importante?

Alex desvió la vista hacia la caja fuerte y de nuevo a los ojos de su jefe.

—Merezco un aumento porque hago muchas más funciones de las que me corresponden como vendedor y...

—¡Lárgate fuera de mi vista o te echo a la calle!

Alex obedeció y cerró la puerta al salir. Fue hasta su mesa y sintió un dolor en la rabadilla, como un latigazo, al sentarse.

—¿Le has pedido pasta al viejo?

—¿Cómo lo sabes?

—Es por lo único que grita así ese tacaño. Si tuviera que pagar por el tiempo, elegiría morirse el muy cabrón.